

La sed de consagrarse

Introducción

Vuelvo a publicar los artículos publicados en la revista *"El Règne de Jésus par Marie"* où el P. Jean Morinay, que falleció el 22 de diciembre de 2021, nos invita a empaparnos de la vida de **San Luis-María**, de sus obras, de su persona. En esta presentación del gran misionero, un lugar muy importante corresponde a **su mensaje espiritual** del cual lo esencial es ciertamente **la famosa consagración a Jesús por María**, que no es otra cosa (lo sabemos muy bien) que una **"retoma"** de la **única Consagración del Bautismo**.

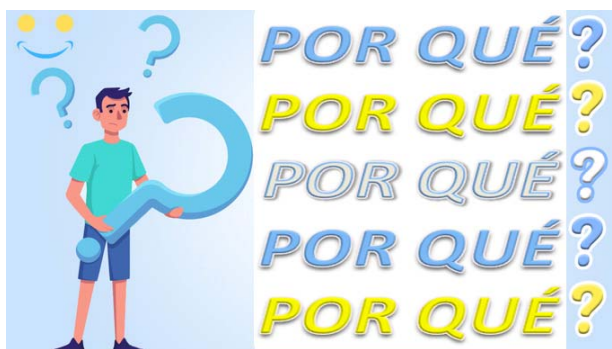
En 9 artículos, quisiéramos intentar presentar esta **"retoma"** del don total de nuestro bautismo, siendo lo más fiel posible al espíritu del P. de Montfort, pero también de una manera nueva, más en contacto con nuestro tiempo. Éstos son los títulos de cada una de estas 9 **"meditaciones"**:

1. La sed de consagrarse: en el corazón de cada ser humano, existe un deseo muy profundo de darse totalmente,
2. La doble consagración de Cristo a su Padre y a los hombres.
3. Nuestra consagración a Cristo por el bautismo,
4. La consagración de María a Cristo y a la humanidad,
5. Darnos totalmente a María para consagrarnos mejor a Jesús,
6. ¿Porqué consagrarnos a Cristo por María? (1),
7. ¿Porqué consagrarnos a Cristo por María? (2),
8. El **"Don total"**: imágenes y parábolas,
9. La Consagración vivida en lo cotidiano.

La sed de consagrarse

La Consagración del bautismo, que nos entrega totalmente a Cristo, no es sólo algo que baja del cielo, es también una realidad que sube de la tierra, de lo más profundo del corazón del hombre. Podríamos decir que es como ir al encuentro de un deseo, de un descubrimiento y de un sueño

Un deseo



¿Cómo sabe que **en el fondo del corazón del ser humano existe un deseo muy ardiente de "dar", de "darse" totalmente**, y que, mientras esta sed no esté apaciguada, nos persigue hasta la muerte, y somos entonces unos eternos **"frustrados"**? Frustrados, no de no tener, de no poseer (cosas, bienes, seres...), sino de no dar... darnos.

Naturalmente, esta sed de **"consagrarse"** no es la única cosa en morar en nuestro corazón. Existe otra que conocemos bien, la de coger, de guardar, de **"consumir"**, en un deseo egoísta de seguridad que, en el fondo, nos encarcela. Pero el deseo de darse es aun más fuerte y más profundo, y **habita nuestro corazón desde siempre**, como un medio de liberarnos, de amar, de existir de verdad.

Muchos padres hoy se matan en el trabajo para dar a sus hijos todo lo que desean sin nunca llegar a satisfacerlos, porque quieren **"siempre más"**. ¿Piensan, esos padres, que otra sed (mucho más profunda que la de poseer) habita el corazón de sus hijos: la de darse totalmente, de consagrarse? En su **"oración de abandono"**, Charles de Foucault expresa muy claramente esta **"necesidad de darse"** que está en el fondo de su corazón: **"Padre... encomiendo mi alma entre tus manos, te la doy con todo el amor de mi corazón... porque te amo y que eso es para mí una necesidad de amor de darme, de entregarme entre tus manos sin reserva, con una infinita confianza..."**.

Un descubrimiento

La Consagración total responde a una sed, pero es también el fruto de un descubrimiento, de un amor que nos ha precedido, de un don total al cual el nuestro es finalmente sólo una respuesta. Si me doy, si me *"consagro"*, sólo puede ser a alguien que él mismo se ha, el primero, dado, *"consagrado"* a mí. Ya, al simple nivel de la experiencia humana, parece verdaderamente imposible amar si uno no es amado.



Cuando un niño no ha conocido el cariño de sus padres, es muy difícil para él amar de verdad, de darse totalmente. Lo que es verdad para un ser humano lo es más aun para un *"hijo de Dios"*, porque en la vida cristiana, se empieza también por ser amado. **Nuestro don total, nuestra Consagración del bautismo, son sólo una respuesta a un amor que nos ha precedidos en la eternidad, y que nos acompaña a lo largo de nuestra vida.**

En su libro *"El amor de la Sabiduría eterna"*, San Luis-María se empeña en retrazar ampliamente las etapas de este gran *"recorrido de amor"* de Dios quien, desde la Creación hasta la Eucaristía (pasando por *"el aniquilamiento"* de Navidad y de la Cruz), no ha dejado de darse a nosotros, en la esperanza de que un día, nosotros también nos demos a él, en la sencillez de un gran amor. *"Después de eso (todos estos testimonios de amor que Dios nos ha dado), ¿cómo no amar a esta Sabiduría eterna, que nos ha amado y nos sigue amando más que a su propia vida?"* (A.S.E. 131).

Un sueño

Si nuestra Consagración del bautismo responde a un deseo muy profundo de darnos totalmente, podemos decir también que realizarlo *"por María"* no es extraño en las profundidades de nuestra humanidad. En efecto, no sólo los mitólogos y los psicólogos, sino también los grandes artistas y los verdaderos poetas, cada uno a su manera, nos dicen que **un viejo sueño duerme en el fondo de todo corazón humano: el de encontrar Dios en cada criatura humana.**

Porque hemos sido creados a imagen de Dios, o, como dice Pascal, *"El hombre sobrepasa infinitamente al hombre"*, en todo caso, sobre todo en la experiencia del amor divino, existe este sueño de encontrar a Dios en el otro, a quien pedimos todo menos que de darnoslo. ¿Pero cómo una criatura limitada y pecadora podría darse a su Creador? Imposible.

¿Este viejo sueño sería pues irrealizable? Si, si no hubiera, felizmente, una criatura tan sana, tan vacía de si misma, para dejar a Dios todo el sitio: **María**, nuestra hermana en humanidad, la Inmaculada. En ella, nos dice San Luis-María con mucha audacia, *"en esta criatura amabilísima sólo se hallará a Dios"* (SM 20). Al invitarnos a consagrarnos a Jesús por María, el P. de Montfort responde, sin saberlo quizá, a este viejo sueño que llevamos en nosotros.



Cristo es el primero de todos los *"consagrados"*. Incluso podemos decir que es el único porque nuestra *"Consagración"* del bautismo es sólo finalmente una participación al don total que Jesús hace de sí mismo a su Padre y a los hombres. **Cristo vive**, en efecto, **una doble consagración**. Por todo su ser (y el Espíritu que lo anima), se ha dado totalmente **a su Padre**, por un lado, **y a los hombres**, por otro. No se pertenece, totalmente desposeído de sí mismo, desapropiado, "descentrado" de sí mismo, totalmente orientado a la vez hacia Aquel que ama desde siempre, y hacia sus hermanos y hermanas que somos. **Entremos en esta doble consagración que el bautismo nos hace compartir.**

Jean Morinay, montfortain